

## Un nuevo Quijote, don José Joaquín Fernández de Lizardi y su escudero Aza. El uso de la figura de don Quijote en el ataque y la defensa públicas

● MARIANA OZUNA CASTAÑEDA

### *Don Quijote o la fábula de la lectura*

Leer y escribir fueron actividades que motivaron profundas reflexiones en los hombres del siglo XVIII, tanto de este lado del Atlántico como allende el mismo. ¿Hasta dónde lo que se lee trastorna las conciencias?, o como Roger Chartier pregunta en pleno siglo XX: ¿hacen los libros revoluciones?<sup>1</sup> Estos cuestionamientos o reflexiones entorno a los efectos del impreso se sustentan en el auge que tuvo por entonces la industria editorial, auge tal que las medidas administrativas no eran suficientes para controlar el exceso de publicaciones que corrían por las calles de la Europa continental y también en los territorios americanos.

En este contexto y en este sentido, la historia de la locura de don Quijote se reformulaba a la luz de estas nuevas preocupaciones ilustradas: don Quijote, asegurarán uno tras otro los eruditos escritores españoles del siglo XVIII, se volvió loco por la lectura de libros insulsos, de textos inútiles, así lo considera el primer biógrafo de Miguel de Cervantes, Gregorio Mayans y Siscar:

La idea, pues, de Miguel de Cervantes Saavedra y el sentido de ella, a lo que yo alcanzo, son como siguen. Alonso Quijada, hidalgo manchego, se dio enteramente a la lección de los libros de caballerías, vicio muy general en la gente ociosa y mal entretenida. La demasiada aplicación a los libros caballerescos le secó el cerebro y le volvió

<sup>1</sup> Cf. Roger Chartier, *Sociedad y escritura en la edad moderna. La cultura como apropiación*. Trad. de Paloma Villegas y Ana García Bergua. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1995. (Itinerarios)

el juicio [...]. Lo cual significa que aquella vana lectura trastornaba los juicios haciendo a los lectores atrevidos y temerarios, como si hubiesen de tratar con hombres meramente fantásticos.<sup>2</sup>

También se había dicho que el *Quijote* era un gran libro porque su utilidad radicaba en fustigar los libros de caballerías que tanto mal trajeron al ocioso hidalgo; así lo creía Juan Pablo Forner:

Habíanos venido de Francia el inepto gusto a los libros de caballerías, que tenían como en embeleso a la ociosa curiosidad del vulgo ínfimo y supremo. Clama Vives contra el abuso; escúchale Cervantes; intenta la destrucción de tal peste; publica el *Quixote* y ahuyenta como a las tinieblas la luz al despuntar al sol, aquella insípida e insensata caterva de Caballeros, despedazadores de gigantes y conquistadores de reynos nunca oídos.<sup>3</sup>

El siglo XVIII valoró la gran obra cervantina por su capacidad para entretener y enseñar, para criticar los vicios de su época y hacerlo de manera cómica. El *Quijote* valía para los ilustrados porque reunía lo que en su *Poética* Horacio había señalado como bien máximo de la poesía: enseñar deleitando:

la moral de esta fábula [el *Quijote*] no sólo es útil por los varios objetos que abraza; sino también por la discreción con que los reprehende [...], no se contentó [Cervantes] con impugnar los vicios caballerescos, sino que de paso y según le venía la ocasión repre-

<sup>2</sup> Gregorio Mayans y Siscar, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (1737), apud Ascensión Rivas Hernández, *Lecturas del Quijote (siglos XVII-XIX)*. Salamanca, Colegio de España, 1998 (Patio de Escuelas), p. 75. La autora cita entre este tipo de opiniones la de fray Martín Sarmiento, las de Manuel José Quintana, las de Gregorio Garcés y Juan Antonio Pellicer, entre otros.

<sup>3</sup> Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario: para que sirva de exornación al discurso leído por el abate Denina en la Academia de Ciencias de Berlín, respondiendo a la cuestión: ¿Qué se debe a España?* Madrid, Imprenta Real, 1786, apud A. Rivas Hernández, *op. cit.*, p. 81. Juan Sempere y el abate Juan Andrés se suman las ideas de Forner.

hendió casi todos los demás defectos de las demás profesiones y estados.<sup>4</sup>

Del mismo sentir es José Cadalso en sus *Cartas marruecas*: “Desde que Miguel de Cervantes compuso la inmortal novela en que criticó con tanto acierto algunas viciosas costumbres de nuestros abuelos, que sus nietos hemos reemplazado por otras, se han multiplicado las críticas de las naciones más cultas de Europa”.<sup>5</sup>

Y vaya que las aventuras de don Quijote deleitan; con todo, para el siglo racionalista el caballero estaba demente, en ese estado, al que lo había reducido la desordenada lectura, había ejemplo pero no conocimiento que valiera la pena.

### Ahí viene el loco...

Corre el año de 1825 en el recién independizado territorio que hasta 1820 se conocía como el reino de la Nueva España. Por las calles los niños vocean los títulos de los papeles y periódicos; haciendo un esfuerzo de imaginación podríamos escuchar algunos de esos títulos: *El destierro de El Pensador y de su escudero Aza*; *Hoy dispara más que nunca El Pensador Mexicano*; *Hoy se le aparece un muerto a El Pensador Mexicano*; *Papeles y [h]echos impíos merecen los desafíos. O sea culebra de agua y tormenta de rayos sobre El Pensador Mexicano...*<sup>6</sup> entre muchos otros. No es éste el sitio para discutir los furibundos e incesantes ataques que recibió José Joaquín Fernández de Lizardi —mejor conocido como *El Pensador Mexicano*—, prácticamente desde los inicios de su

<sup>4</sup> Vicente de los Ríos, *Análisis del Quijote*, apud A. Rivas Hernández, *op. cit.*, pp. 79-80.

<sup>5</sup> José Cadalso, *Cartas marruecas*. Selecc., estudio y notas de Eugenio Alonso Martín. Barcelona, Punto de Lectura, 2002, p. 21.

<sup>6</sup> Folletos de próxima publicación en *Amigos, enemigos y comentaristas de José Joaquín Fernández de Lizardi II (1821-1827)*. Recop. de Ma. Rosa Palazón, Columba C. Galván Gaytán, María Esther Guzmán Gutiérrez y Mariana Ozuna Castañeda. Ed. y notas de Ma. Rosa Palazón, Columba C. Galván, Ma. Esther Guzmán y Mariana Ozuna. Índices de Ma. Esther Guzmán. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios.

carrera literaria hasta su muerte en 1827.<sup>7</sup> Me interesa por ahora señalar el parecido evidente que, para algunos de sus contemporáneos, existía entre el hidalgo manchego y nuestro Pensador. Así, en 1814, uno de sus enemigos que se firmaba Quidam se expresa así de nuestro autor:

Yo creo [...] que sus valentías han de parar en lo que de ordinario paraban las de su original don Quijote, que regularmente salía vencido de los más débiles, ya apedreado de los galeotes hambrientos, ya desmuelado de los pastores humildes, y ya puesto en tierra por las zancadillas de su triste escudero.<sup>8</sup>

En 1825, se le insiste: “me parece usted un don Quijote, que siempre trocaba los objetos”.<sup>9</sup> En la primera ocasión se le llama Quijote porque critica la arquitectura de la ciudad de México, en especial a la Catedral metropolitana; y es que Fernández de Lizardi estaba harto ya de las tradicionales alabanzas novohispanas empeñadas en exaltar por consigna a la populosa y rica ciudad; donde sus contemporáneos ven “quintas hermosas, bosques alegres, hortalizas inmensas y floresta”,<sup>10</sup> Lizardi sólo contempla:

<sup>7</sup> Para una aproximación a las polémicas sostenidas por Fernández de Lizardi, véase Mariana Ozuna Castañeda, “El público que deja huella: palos, garrotazos, bofetones y escudos entre El Pensador Mexicano y sus lectores”, en Adriana Pineda Soto y Celia del Palacio Montiel, coords., *La prensa decimonónica en México: objeto y sujeto de la historia*. México, Universidad de Guadalajara/Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Archivo Histórico/Conacyt, 2003, pp. 27-40.

<sup>8</sup> Quidam, “Auto de Inquisición contra el Suplemento de El Pensador del lunes 17 de enero de 1814. Celebrado en una cafetería, en forma de diálogo entre un Arquitecto y un Petimetre”. México, don Manuel Antonio Valdés, 1814, en *Amigos, enemigos y comentaristas de José Joaquín Fernández de Lizardi I-I (1810-1820)*, p. 163.

<sup>9</sup> “Qué mal suena el harpa rota de El Pensador Mexicano. O segunda parte de Hoy truena como harpa vieja, etcétera. Contestación al papel titulado: Hoy truena Gabino Baños como juditas de a real; y refutación de otro que salió en su defensa bajo el siguiente: Otra vez excomulgado El Pensador Mexicano, porque atacó a cierto clérigo”. México, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1825, en *Amigos, enemigos y comentaristas de José Joaquín Fernández de Lizardi II (1821-1827)*.

<sup>10</sup> Quidam, “Auto de Inquisición contra el Suplemento de El Pensador del lunes 17 de enero de 1814. Celebrado en una cafetería, en forma de diálogo entre un Arquitecto y un Petimetre”. México, don Manuel Antonio Valdés, 1814, en *op. cit.*

cuatro casuchas regulares, algunas chinampas, ningunos bosques y bastantes potreros encenagados; usted [dirigiéndose a Quidam], cuando vio esa Arcadia deliciosa que nos pinta, sin duda acababa de salir del café; pero yo ni otros jamás hemos hallado en el tal paseo sino la sencillez común del campo, sin pizca de aquel ornato delicado, artificioso y sorprendente que se halla en los paseos de la Europa; ya se ve; usted, a las mugrientas indias que vienen en sus chalupitas a vendernos sus coles y nabos nos las quiere figurar unas Pomonas y Amalteas.<sup>11</sup>

Para un ilustrado como don Joaquín es preciso tener un conocimiento fiel de la realidad de las cosas, ya que sólo así podrá haber enmienda o mejora. La ponderación de la urbe escondía invariablemente la abundancia de basura, la indigencia, la falta de planeación e higiene; en resumen, hacía falta renovar “la policía” de la ciudad y hermosearla para que correspondiera con el espíritu moderno de las grandes capitales. En 1825 lo llaman Quijote porque propone una reforma en cuanto a los votos monacales, ya que El Pensador consideraba al matrimonio como un sacramento de mayor envergadura que el de la castidad. Sin duda, tales pensamientos lizardianos eran una locura, pero no locura furiosa como creían sus contemporáneos, sino una locura lúcida como la que en verdad vivía el afamado manchego.

Y es que Fernández de Lizardi no tiene ningún empacho en compararse con el Caballero de la Triste Figura; así, en 1814, en un suplemento publicó:

Para el insigne don Quijote, honor de la Mancha, gloria de la caballería andantesca, ejemplo de los desfacedores de entuertos y vengador de ajenas sinrazones, estaba reservado acometer a molinos de viento, atropellar ejércitos terribles de carneros y destripar gigantescas botas de vino tinto.

<sup>11</sup> José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, t. III, supl. 17-ene-1814. Cf. *Obras III-Periódicos*, p. 490, en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras XIV-Miscelánea. Bibliohemerografía, listados e índices*. Recop. de María Rosa Palazón, Columba Camelia Galván Gaytán y María Esther Guzmán Gutiérrez. Ed. y notas de Irma Isabel Fernández Arias, María Rosa Palazón y Columba Camelia Galván Gaytán. Índices de María Esther Guzmán. México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1997 (Nueva Biblioteca Mexicana, 132).

Pero ¡qué! ¿Sólo aquel intrépido caballero supo arrostrar los riesgos más inminentes y no acobardarse a la presencia de los más fieros monstruos y vestiglos? No, lector mío. El Pensador Mexicano, que no le va en saga a don Quijote en lo loco ni en lo entremetido, va hoy a la faz del universo a entrar en una descomunal refriega con un escuadrón desaforado de los más endiablados endriagos, que en forma de batalla se nos presentan en la plaza mayor de esta ciudad y sus inmediaciones a robarnos todos los días con la mayor desvergüenza del mundo, provocándonos a la lid, que nadie hasta la presente ha osado admitir con el mayor descaro sin temor de Dios, del rey ni de la justicia.

Estos follones malandrines son setenta, ochenta o qué sé yo cuántos coches alquilones que, auxiliados de doscientas mulas y cien cocheros con sus cuartas, y algunos con sus *trancas*,<sup>12</sup> cotidianamente están en expectación de ver lo que se pela al pobre público.

Pues por más que os hayan temido, ¡oh míseros *cacaxtles*!,<sup>13</sup> por más que os hayan disimulado tanto tiempo, sin hablaros la más mínima palabra, y por más que os halléis juntos y congregados con vuestras mulas y cocheros y envanecidos con vuestra deforme estatura, habéis de entrar conmigo en la pendencia; y así venid... ¿Qué hacéis...? Non fuyades, gente cobarde, que un solo caballero os espera sin más cabalgadura que su asiento y sin otras armas que su péñola, y no teme salir desairado del encuentro, ora vengáis uno a uno a lo figalgo, ora todos de montón a lo villano... Pero pues no os movéis a mis reclamos, defendeos, si podéis, que ya os embisto.

En esto estaba mi acalorada fantasía temblando de cólera en la silla, con la pluma en la mano y las narices en medio de las cejas, cuando acertó a pasar por mi puerta un tunero; yo, deseoso de refrescar la bilis exaltada, lo llamé y, después de comerme cuatro tunillas, me vino en deseo oír la opinión del indio tunero acerca de lo que llevaba escrito contra los coches. Después de escucharme éste con atención (porque hay indios no muy de a tiro... pues... ¿eh?) me dijo: “No lo seas ansina, pagre, los coche no los tienen la culpa de esto que dices; ellos no son gente ni lo saben nada; harto hacen los probe con andarse quebrando por las calle, aguantando los vómito

<sup>12</sup> *Trancas*. Nombre popular de las borracheras.

<sup>13</sup> *Cacaxtles*. Indio de las numerosas tribus coahuiltecas. Por extensión, aborigen del país.

de los borracho y sirviendo de tapadera de mil infamia. Los que lo tienen culpa... pues, ya lo sabosté; pues contra eso ha de gritar; y dejelosté los probe coche viejo, que de algo sirven”.<sup>14</sup>

Ese mismo año, en otro suplemento del 14 enero de 1814, defendiendo sus opiniones, escribió:

Cuando me dijeron: *el diario de hoy es contra usted*, me quedé tamañito, temiendo no fuera parto de algún gigante literato de los muchos que honran esta ciudad; pero luego que fui leyendo y advertí la gran cabeza que se me declaraba antagonista, exclamé: ¡Oh, Dios providente! ¡Y cómo se conoce que nos amas, pues nos mandas frío a proporción de nuestra poca ropa! Si todos los que hayan de escribir contra mí han de ser como este pobrete, vengan enhorabuena, ora uno a uno a lo hidalgo, ora todos de montón a lo villano, que a todos los espero, los reto y desafío a pie o a caballo, con lanza o sin ella, en campal batalla, seguro de que no me molerán las costillas ni me harán abrir un libro estos endriagos y follones malandrines.<sup>15</sup>

Ciertamente Fernández de Lizardi se defiende y arremete contra sus enemigos como lo hacía don Quijote, ya que como fantasmas los papeles anónimos —o bajo supuestos nombres o enrevesadas iniciales—<sup>16</sup> deses-

<sup>14</sup> J. J. Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, t. II, supl. 13-sep-1813, en *op. cit.*, p. 283.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 485.

<sup>16</sup> En 1814 se lee una de las denuncias constantes de Fernández de Lizardi al respecto, en este caso contra uno que se firmó P. R. P. O.: “He aquí por lo que estos cobardes escritorcillos no salen contra mí cara a cara, sino bajo nombres supuestos. Si este bárbaro se hubiera firmado con su nombre propio, ¿no tuviera ahora alguna vergüencilla al verse notado en mi pluma de ignorante y defensor de los vicios de mi plebe? Hacéis bien, cobardes antagonistas míos, de ocultar vuestros nombres; pero sepan los que leen los diarios, sepa el público y sepa la posteridad que si esto es *orgullo* a mí me cabe el orgullo y la vanidad de que os he confundido, os he llamado”. (Cf. J. J. Fernández de Lizardi, *Obras XIV-Miscelánea*, p. 178, n. g.) Regularmente Lizardi se divertía y divertía a su público interpretando las iniciales de sus críticos, en este caso se vale de una ficción: “El muchacho mandadero de mi casa es muy vivo, y viéndome pensativo me preguntó la causa, y le dije que deseaba saber ¿qué dirían las cuatro letras con que se suscribe el anónimo, a saber, P. R. P. O., y me respondió: ¡oh señor!, eso está muy claro: mire usted esas letras dicen, o a lo menos sus dictados, si

peraban a El Pensador, pues que era el único que firmaba sus producciones y se arriesgaba como figura pública a ser señalado en las calles. De ahí que él se mire como un Quijote a quien los encantadores impiden ver el rostro de sus rivales. Tal era el estado de persecución pública que se leía diariamente en los papeles públicos, que José María Aza no duda en crear una ficción paralela a la de don Quijote. La ficción inicia con un sueño en que Aza mismo es designado escudero de don Joaquín en su destierro a San Juan de Ulúa; en su defensa el escudero Aza exclama:

Sólo eso no me cuadra hermano Pensador, que seamos los fundadores de aquel castillo; pero no le dé a usted cuidado, que al cabo, adonde quiera que vayamos no hemos de tener nada que desear, ni tampoco nos ha de faltar ninguna cosa, porque yo pondré a usted sobre las espumas, y mucho más, si el comandante del castillo es hombre entendido, porque en llegando, inmediatamente que lo avistemos iré yo de embajador y echaré en su presencia un parangón recomendando las virtudes que adornan a usted; le diré, después de ponerme bien sobre los estribos: “Salga la muy alta persona vuestra a recibir, conforme a la nueva usanza y según se merece al sin par y nunca bien ponderado capitán que por otro título se llama El Pensador Mexicano; al honor, fama y gloria de los escritores del día, pues ha dicho y se ha desdicho; ha hecho y ha deshecho como el mejor *maromero* cuanto se le ha antojado; y por fin merece que se le trate según los altos méritos que tiene contraídos a favor de los favorecidos. Pues qué, bizarro comandante, ¿es acaso poco lo que ha querido hacer este grande hombre en pretender desterrar mil usos y costumbres, bien recibidas de sus paisanos? ¿En reformar la Iglesia, sin ser autoridad competente, y en otras cosas que pasman a las gentes que han leído sus papeles? Por tanto, la muy elevada y distinguida persona vuestra, se ha de servir atender a la muy justa petición que os hago a favor del más alto fundador de este presidio”. Con esto que yo le anticipo al comandante, se hará inmediatamente cargo de los sujetos que allí vamos, y la pasaremos altamente.<sup>17</sup>

no su nombre, y son éstos: *pobre, roto, plebeyo, ordinario*. Yo hube de reprehenderle su poco respeto”. (*Ibid.*, p. 176.)

<sup>17</sup> José María Aza, “El destierro de El Pensador y de su escudero Aza”. México, 1825, en *Amigos, enemigos y comentaristas de José Joaquín Fernández de Lizardi II (1821-1827)*. (Próxima publicación.)



En el siguiente papel, Aza abunda sobre la ficción:

Llenas están las leyendas de mil famosos caballeros que vagan por esos mundos en pos de enderezar los usos de los hombres, queriendo reformar las costumbres, arreglándolo todo a la usanza que mejor les ha venido a cuento. Uno de éstos es mi amo y señor Lizardi, que sin haber salido de su rincón, ha dado en la loca manía de seguir el camino, sin irle ni venirle en ello maldita la cosa. Mas ¿en dónde se ha visto, que ninguno de aquellos hazañosos enderezadores de entuertos, permitiera jamás que sus escuderos les tomaran cuenta de sus hechos? ¡Sólo ahora se ve tal desacato y descomedimiento con un retobado, que por sus negras desdichas le ha tocado al más singular capitán que ha portado vestimenta militar!<sup>18</sup>

José María Aza recompone la imagen de don Quijote que aleccionaba a Sancho Panza en el credo de la caballería andante: don Quijote le explica en cada aventura cómo y por qué resultaron apaleados o perseguidos, y por esta constante exposición a la mirada quijotesca Sancho se va transformando y conociéndose a sí mismo, viviendo una existencia que jamás hubiera soñado en su aldea natal. Aza, como escudero del capitán don Joaquín, se asume como Sancho, el que mira las cosas como son, don Joaquín es el loco que ha sido desterrado por sus ideas y costumbres. De suerte que con ánimo absolutamente ilustrado, Aza, como otro Sancho, desea hacer ver a su amo la realidad, revirtiendo la novela cervantina: Sancho-Aza aleccionaría en la realidad al enloquecido don Quijote-Pensador.

### **El Pensador Mexicano: un nuevo Quijote**

Conviven pues dos formas de comprender la figura de don Quijote. Por un lado la de un simpático loco, cuyo escudero intenta sin éxito llevarlo al camino de la razón. Aza se apega a esta interpretación en sus escritos

<sup>18</sup> J. Ma. Aza, *Hoy dispara más que nunca El Pensador Mexicano*. México, 1825, en *idem*.

citados y la figura de don Quijote sirve como escarnio público.<sup>19</sup> Por otro lado, la de un personaje que cree a pie juntillas en un código ético que lo impulsa a hacer lo que pueda para mejorar la vida de quienes se topan con él; don Quijote no es un caso de locura absurda, pues en el texto constantemente se nos recuerda que el caballero se producía con entendimiento sobresaliente, siempre y cuando no se le mencionara el tema de la caballería. Tal sucedió en su discurso sobre el fin de las armas y las letras: “De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó a que por entonces ninguno de los que escuchándole estaba le tuviese por loco” (I, 37).<sup>20</sup> Y la caballería tiene que ver con deshacer entuertos, con ayudar al prójimo, con no tolerar la opresión ni la injusticia, las armas (la guerra), nos recuerda el manchego, tienen como fin último la paz. Gracias a esta mezcla de locura con la más esclarecida lucidez, don Quijote “ve” lo que el resto no puede ver. En cuanto emerge a la conversación el tema de la caballería andantesca, don Quijote se produce como loco para sus acompañantes, como si la caballería fuera una región que sólo don Quijote conoce y vive, a ella invita a Sancho.

Que *El Pensador Mexicano* —nombre ficticio de Fernández de Lizardi— se emparente con don Quijote en su capacidad para ver lo que el resto no veía da un giro a la interpretación propia que el siglo XVIII hizo de la novela cervantina. En este caso, don Quijote es una figura que sirve a la defensa pública. Lizardi escribe lo que ve, lo que piensa y se defiende de sus enemigos que en pocas ocasiones dan la cara. El centro de la comparación entre ambos personajes son las letras, pues

<sup>19</sup> J. Ma. Aza sostuvo polémicas con Fernández de Lizardi, sin embargo, fue uno de los pocos que lo acompañó en sus últimos días.

<sup>20</sup> Al respecto hay varios momentos semejantes en la obra: “En los que escuchado le había sobrevino nueva lástima de ver que hombre que, al parecer, tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienda caballería” (I, 38); “Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía a perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballería” (I, 39); “¿Quién oyerá el pasado razonamiento de don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada?” (II, 43).

en tanto al caballero le sorben los sesos y le abren la puerta hacia la comprensión de la bondad y valentía, son las letras que escribe las que le granjean a El Pensador su fama de loco furioso y son las letras también escudo y lanza.

El Siglo de las Luces es el de las lides intelectuales cuyo ideal no es la paz quijotesca, sino la felicidad de los hombres. Don Quijote alcanza una lucidez incomprensible para sus contemporáneos, de la misma manera que Fernández de Lizardi busca por medio del impreso compartir sus ideas alocadas con sus contemporáneos —como lo hiciera don Quijote con Sancho— ideas que décadas después serían la obsesión de los liberales mexicanos: sus pensamientos prerreformistas emanaron ya sin miedo a la censura y se proclamaron por la separación del Estado y de la Iglesia, por el sometimiento de ésta al poder de aquél en lo que a materia de diezmos e impuestos se refería, así como por secuestrar a la Iglesia los bienes muebles e inmuebles que poseía; Lizardi ya no se callaba nada, al fin creyó vivir al cobijo de una República que respetaba las opiniones particulares...

Con todo, fue excomulgado en 1822, buscó refugio en el Congreso Soberano, que se lo negó y aconsejó se retractara públicamente de sus opiniones de tolerancia religiosa; en 1824 se proclamó adicto al sistema federal; en 1825 opinó de nuevo sobre votos monacales, castidad y matrimonio, y propuso literariamente su Constitución de una República Imaginaria. Sí, la locura de Fernández de Lizardi no era de su época, lo que él veía como abuso, despotismo e inequidad formaba parte fundamental del orden que aún prevalecía. Permítaseme insistir en los alcances de la lúcida locura lizardiana: la tolerancia religiosa, la desamortización de los bienes eclesiásticos, la separación de las funciones de la Iglesia y el Estado, la instalación de una República federada ocuparon a todo el siglo XIX mexicano, se lucharon cruentas guerras, se hicieron y rehicieron constituciones, planes y decretos alrededor de estos temas que no eran ya, para entonces, delirios de un loco Pensador, sino necesidades imperiosas de nuestros cuerdos políticos liberales.

Mientras el manchego peleó con adarga y espada por sus ideas, El Pensador, la abstracción literaria de Lizardi, su máscara, emprendió batallas pero no tanto con la pluma como él gustaba de decir, sino con el impreso; fueron batallas perdidas y ganadas. Sus folletos y periódicos

fueron perseguidos y por ellos sufrió cárceles como golpes el caballero. Bien señala Aza, su escudero, El Pensador quiso reformar costumbres, dio “en la loca manía de seguir el camino, sin irle ni venirle en ello maldita la cosa”.

En verdad, el oficio de ambos, bellos personajes, era una locura: en el caso de don Quijote, imponerse la dura empresa de pelear por aquello que nadie pelea y de creer en aquello en que todos debiéramos creer; o bien, como El Pensador, porfiar por el bienestar de una patria que aún no terminaba de nacer intentando no enloquecer en el camino; así lo dice Lizardi en el primer tropiezo de su carrera literaria:

### Soneto

Aquí, pluma, te cuelgo de esta estaca,  
 apago a mi candil el triste moco,  
 derramo mi tintero poco a poco  
 y la arenilla viertóla en la cloaca.  
 Trueco mis cuatro libros por chancaca,<sup>21</sup>  
 porque de nada sirven a un motroco,<sup>22</sup>  
 que si a un *Quijote saben volver loco*,  
 a un pobre *Pensador* harán matraca.  
 No soy demente, no; cargue otro el saco,  
 mientras a sacristán yo me dedico.  
 Ya probé de mi espíritu lo flaco  
 y no quiero preciarme de borrico.  
 Y pues para escritor no valgo tlaco,  
 sacristán he de ser, y callo el pico.<sup>23</sup>

<sup>21</sup> *Chancaca*. Raspadura o zurrapas de azúcar. Pan hecho con estos residuos.

<sup>22</sup> *Motroco*. “Que no termina las cosas ni las hace bien”.

<sup>23</sup> J. J. Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, t. 1, núm. 13. Cf. *Obras-III. Periódicos*, p. 118.